

(d)

## JEANNE HERSCH Y LA FIESTA COMO OBRA DE ARTE

ROSA RIUS GATELL  
**Universitat de Barcelona**

---

Este artículo reflexiona sobre el significado que Jeanne Hersch concede a las fiestas y al valor de celebrarlas, como elemento propiciatorio de orden, en el que cada cual desarrolla su función y encuentra su propio lugar. Como sea que Hersch concibe la fiesta como “una obra de arte cuya materia es un fragmento limitado de tiempo”, se ha prestado particular atención a la perspectiva estética de esta pensadora.

PALABRAS CLAVE: Jeanne Hersch, filosofía, fiesta, arte, tiempo.

---

A M. Carmen y Eugènia

Deseo reflexionar aquí sobre el significado que Jeanne Hersch (1910-2000),<sup>1</sup> filósofa suiza de familia judía, concede a las fiestas y al valor de celebrarlas. Para ella, “una fiesta es una obra de arte cuya materia es un fragmento limitado de tiempo” (Hersch, 1985: 67). “De familia judía”, he indicado; una “judía sin religión”, que recibió una educación fuertemente impregnada de socialismo y que declaraba de sí misma haber crecido “con la obligación tácita, que nunca tuvo que ser explicitada, de ser fiel al hecho de ser judía” (Hersch, 1986: 20).

Heredera y discípula reconocida de Karl Jaspers<sup>2</sup> –hasta el punto de afirmar tal coincidencia con las ideas del maestro que le resultaba imposible

---

<sup>1</sup> Jeanne Hersch nació y falleció en Ginebra. Su madre procedía de Varsovia y su padre de la región de Vilnius, en Lituania. Habían llegado a Ginebra en 1904-1905 “para cursar sus estudios en un país de libertad”. En busca de libertad fueron sus padres a Suiza, pues, según relata Hersch (1986: 11), y ella se sentía heredera de tal gesto cuando afirmaba que ése era el rasgo de su país al que fue más sensible.

<sup>2</sup> Para la pensadora, el encuentro con Jaspers fue intelectualmente decisivo. Se convirtió en su discípula, en Heidelberg, en la década de 1930, y ya no dejaría de serlo. Tradujo al francés casi toda la obra del maestro y escribió una importante biografía sobre este autor. Véase Jeanne Hersch, *Karl Jaspers*, Lausana, L'Âge d'Homme, 1978.

establecer qué pertenecía a su propio pensamiento y qué al de Jaspers (Hersch, 1986: 25)—, Jeanne Hersch es una pensadora profundamente interesada por el arte. Y una obra de arte es, recordemos, la fiesta. Por ello me ha parecido oportuno acercarme a la concepción herschiana de esa “realidad inmanente”. Son numerosas las páginas<sup>3</sup> que la autora consagra a dicha actividad humana y, si bien es cierto que en ellas se refiere en particular a las artes visuales, auditivas y literarias, también lo es que el modo de entenderlas permite utilizar sus análisis para acercarnos a su manera de concebir la fiesta.

Cuando, en el valioso documento que constituye *Éclairer l'obscur*,<sup>4</sup> se le preguntaba acerca de su interés por el arte, la pensadora respondía:

La obra de arte es la única realidad en la que se cumple —en una cosa que está ante nosotros— el *uno*. El *Ser uno* realizado en una obra de arte siempre me ha fascinado. Siempre me ha impresionado el hecho de que una tela no sea la continuación del espacio que nos rodea. El espacio que ocupa es otro espacio, sustraído al espacio en el que está situada. El espacio es exterioridad constante, mientras que la tela reconduce el espacio a la interioridad. En cierto modo se cierra sobre el ser, lo captura. (Hersch, 1986: 57)

El cuadro, en lugar de permanecer abierto sobre todo lo demás, se realiza en una unidad autosuficiente, e incluso si se abre en virtud de un movimiento infinito, “se trata de un movimiento infinito en un espacio interior” (57). Lo mismo sucede con un fragmento de música, que implica un tiempo totalmente distinto del tiempo ordinario, “un tiempo en el que todos los elementos se solidarizan los unos con los otros” (id.). Por esta razón, añade:

La obra de arte exige un esfuerzo, y el esfuerzo requerido es un signo de esa otra naturaleza que en ella se descifra; que se recibe y se vive. El placer que procura una obra de arte no tiene nada de pasivo. Demasiado a menudo se olvida que la receptividad es también una actividad. No sólo el artista es activo, también lo es el espectador. (57)

---

<sup>3</sup> *L'être et la forme (El ser y la forma)*, tesis doctoral de Hersch (1969), es una buena guía para introducirse en la perspectiva estético-ontológica de su autora; en particular, el capítulo cuarto. Véase asimismo el interesante estudio de Roberta Guccinelli, *La forma del fare. Estetica e ontologia in Jeanne Hersch* (Milán, Bruno Mondadori, 2007), que toma esta obra herschiana como punto de referencia privilegiado.

<sup>4</sup> *Éclairer l'obscur* es un intenso “autorretrato de viva voz”, como precisa acertadamente el subtítulo de su traducción italiana, *Rischiare l'oscuro. Autoritratto a viva voce. Conversazioni con Gabrielle e Alfred Dufour*, trad. Laura Boella y Francesca De Vecchi (Milán, Baldini Castoldi, 2006).

El conocimiento, la contemplación y la acción son captaciones humanas que experimenta la materia; son actos del yo sobre algo *dado*, que no es un dado puro, ya que ello supondría una noción contradictoria: “sería la materia pura, virgen de captación, que justamente es *rehusada* al hombre” (Hersch, 1969: 43). Lo mismo sucede con esa actividad específicamente humana que es el arte. Así, escribe en *El ser y la forma*:

Antes de ser expresión, el arte es acción. (Como habrá podido presumirse ya, de ningún modo pretendo decir con eso que el artista sea más bien activo que pasivo, o algo semejante; el hecho de que yo haya empleado esa misma palabra “acción” al referirme a la contemplación,<sup>5</sup> bastará sin duda para disipar semejante malentendido). (id.)

Después de afirmar que el arte es una acción sobre lo dado, y que su resultado permanece en lo dado, Hersch señala el carácter propio de la actividad artística. El arte es *creación* y no sólo acción; logra actuar sobre la realidad creando –*dando forma a*– algo que antes no existía, aunque ya existieran de por sí los elementos que luego compondrán la obra de arte: la obra de arte no nace de la nada, *hay* algo y ese algo es lo que el dador de forma trabaja:

Por medio del arte, y solamente por medio del arte, el hombre incorpora de un modo absoluto a lo dado social algo que no estaba allí absolutamente. [...] El arte es pues ante todo *creación* en lo dado. Antes de ser expresión. Antes de ser lección. Antes de ser forma pura. [...] La obra de arte existe siempre en alguna parte en el universo dado. Si sólo es soñada, no existe (44-45)

La obra de arte siempre expresa algo y, en un sentido más profundo, siempre expresa lo mismo: “la condición humana, su misión encarnadora, pero, por milagro, cumplida de una vez y definitivamente”. Por ello, en vez de decir “el arte es creación”, o bien “el arte es ser por sí gracias al hombre”, se podría afirmar: “el arte es encarnación consumada” (46).<sup>6</sup> Cabría añadir que en esa actividad la materia no se anula, sino que se transforma:

<sup>5</sup> Véase el examen del estado contemplativo que Hersch efectúa en *El ser y la forma* (Hersch, 1969: 34-37).

<sup>6</sup> Sobre la “encarnación”, tema central en el pensamiento herschiano, véase en este mismo dossier el artículo de Roberta De Monticelli, “Jeanne Hersch: una filosofia dei contorni”, apartado segundo, “Forma e incarnazione”.

En cuanto a la forma, es la impronta humana sobre la materia, sobre la carne, lo que reduce a la medida del hombre, a su finitud y por consiguiente a su necesidad de consumación, la inmensa encarnación que se cumple sin fin en la naturaleza. Al mismo tiempo, esa impronta humana encierra la obra, la aísla en su perfección, la separa del hombre que siempre se aleja. (46)

No hay que olvidar, insiste la pensadora, que ninguna forma llega al ser sin apoderarse de una materia, de algo dado. En la realización humana de la forma hay un *hacer*, un manejar la materia, un encarnar.

¿Y cuál es la materia sobre la que alguien, ya sea una persona o muchas, deben imprimir una forma para *crear* esa obra de arte que es la fiesta? Es “un fragmento limitado de tiempo”, se nos dice, en el que esa *criatura*, esa obra, intenta arrebatar, precisamente al tiempo –como leeremos–, “algunos instantes de pura alegría”. Ese límite del fragmento no supone un freno para la actividad creadora –que Hersch concibe como la raíz de la libertad–: “La libertad es solidaria con la *movilidad del límite*.<sup>7</sup> Afirmar que es solidaria es decir poco: ella es quien lo pone, ella es quien lo crea” (72). Como todo lo que existe, la fiesta no está exenta de contornos que *limitan* necesariamente su composición.<sup>8</sup>

Para transmitir el poder y el alcance de esa “obra de arte”, disponemos en particular de un texto titulado “Fêtes” (1985: 65-77),<sup>9</sup> en el que puso en acción su gran potencialidad creativa.

Se trata de un ensayo de apenas trece páginas (siete en su edición alemana, ocho en la italiana) que, como sucede con otros de sus textos, asimismo breves y caracterizados por una gran libertad de escritura, parece coronar una obra. Al referirse a tales escritos, de minúscula *forma*, Jean Starobinski observa que “la filosofía abandona [en ellos] sus vías habituales, para devenir simplemente más filosófica” (Starobinski, 1985: 9).<sup>10</sup> Este modo de escribir escapa a la obligación formal impuesta a las disciplinas intelectuales y la invención recibe aquí carta blanca, sin que ello suponga el abandono de la exactitud conceptual reivindicada siempre por su autora: “La exigencia de la *forma* permanece despierta y el deseo de verdad no es menos vivo”, sigue Starobinski: otros enfoques de orden filosófico son posibles, “pueden trazarse otras relaciones con la verdad, por vías más directas o por direcciones oblicuas inesperadas”. En esas miniaturas

---

<sup>7</sup> Cursivas mías.

<sup>8</sup> Además del artículo referido en la nota 6, véase De Monticelli (2003).

<sup>9</sup> Escrito en francés en marzo de 1973, el texto se publicó por primera vez traducido al alemán en el volumen misceláneo *Die Unfähigkeit, Freiheit zu ertragen*, Zurich, Benziger, 1975, pp. 186-192.

<sup>10</sup> Ocho de estos escritos fueron recogidos felizmente en el pequeño volumen *Textes*, con un prefacio de Jean Starobinski. Véase Hersch (1985).

textuales se mezclan ontología y sentido de lo sagrado, y también poesía, “una poesía de la existencia [...] llena siempre de paradojas” (Dufour-Kowalski, 1999: 51-52). En tales escritos, que responden a veces a la llamada de una ocasión huidiza, “se oye” a menudo a Hersch interrogarse sobre qué es lo que cuenta (lo que realmente cuenta e importa) y sobre las ideas que quiere compartir.

Ella concibe la fiesta como algo solemne, pero no “serio”, algo que no hay que entender como un medio con vistas a un fin. Esto no significa que no se requiera una preparación, sino todo lo contrario:

Una fiesta no es una explosión espontánea con la cual nos liberamos de las obligaciones sociales. Toda fiesta exige ser preparada larga y cuidadosamente. Cuando creemos ver que estalla espontáneamente al sol de la alegría, lo cierto es que su preparación viene de tan lejos que su huella se pierde en el fondo de los siglos. La fiesta precisa de la solemnidad de la espera y de la preexistencia. (Hersch, 1985: 65)

Con estas palabras comienza su ensayo. Como si de una declaración programática se tratara, Hersch advierte de un requisito ineludible, algo que va a ser preceptivo de la fiesta sobre la que se dispone a reflexionar. La fiesta debe prepararse con atención y cuidado; dar forma a una fiesta, darle *cuero*, requiere un movimiento de libertad y supone un trabajo previo sutil y paciente. Un tiempo anterior, que dispone y predispone. A la fiesta no puede faltarle “el recogimiento que la precede, la preparación cargada de espera, el cumplimiento soñador y a la vez vigilante” (73). Actividad y pasividad se mezclan o suceden: la preparación solícita, a menudo invisible, alternada con recesos, aumenta las posibilidades del éxito de la misma. Pero no lo garantiza, no puede hacerlo, justamente porque el riesgo está en el corazón de la fiesta; como lo está en el corazón de la vida. “No hay nada tan contrario a la esencia de la fiesta como querer asegurarse contra un posible fracaso” (69). La fiesta no siempre sale bien, nada puede afianzarla porque su resultado no tiene que ver sólo con la bondad de los medios elegidos. No obstante, cabe insistir y disponerlo todo *como si* dependiera efectivamente de ello, sin dejar de tener presente que puede sucedernos como al artista:

El artista experimenta una pena [...] diferente de todas las demás, la de no lograr hacer existir, la de sentir cómo la inexistencia se desliza en su trabajo, la de no llegar a hacerle “tomar forma”, a conquistar su coherencia. A menudo busca entonces ayuda en lo dado social [...]; trata de someterse más dócilmente a “la vida”, al “modelo”, o de expresar con más intensidad su reacción afectiva. (166)

Frágil y efímera por su misma naturaleza, a pesar de ello, o tal vez por ello, la fiesta es capaz de propiciar un orden en el que cada cual puede desarrollar su función y encontrar su propio sitio:

La fiesta se balancea, duda –como la música perfecta y frágil que emana no de un disco sino de un violín vivo, antes de difundirse en la noche: cada segundo de serena armonía es como una victoria peligrosa sobre la irrupción de una muerte siempre amenazadora [...]. Así vacila también la fiesta, en el intento de arrebatarse al tiempo algunos instantes de pura alegría. (1985: 67-68)

Hay que renunciar a la duración como condición necesaria para alcanzar “tal vez la perfección imponderable de un éxito efímero” (Hersch, 1985: 68). Esta renuncia a la permanencia es asimismo un requisito imprescindible tanto para plasmar (para *encarnar*), mediante la *alegría creadora*, esa obra de arte *en el tiempo* que es la fiesta, como para reconocer el instante y disponerse a vivir esa porción brevísima, *limitada*, de tiempo capaz de dispensar alegría: “No existe, entonces, más que la plenitud de un presente que se basta a sí mismo. [...] La alegría de la fiesta brota del valor único de su instante” (65-68). La alegría se nos presenta, así, como un afecto fundamental en este mágico proceso de creación y de captación; un afecto que brota o se experimenta en fases distintas de dicho proceso, que en ocasiones convergen e incluso se alimentan mutuamente. En consonancia con esta llamada a prestar atención al instante en el que la alegría se manifiesta, con el fin de extraer de ello “la debida experiencia”, escribía María Zambrano (1989: 108):

El saber, el saber propio de las cosas de la vida, es fruto de largos padecimientos, de larga observación, que un día se resume en un instante de lúcida visión que encuentra a veces una adecuada fórmula [...]. Puede brotar también, y debería no dejar de brotar nunca, de la alegría y de la felicidad. Y se dice esto porque extrañamente se deja pasar la alegría, la felicidad, el instante de dicha y de revelación de la belleza sin extraer de ellos la debida experiencia; ese grano de saber que fecundaría toda una vida.

La alegría creadora, a la que se refiere Jeanne Hersch, no anula por supuesto el dolor humano aunque sea capaz de alterarlo, y a veces atenuarlo. De este modo, como leemos en *El ser y la forma*:

En la medida en que crea, el artista es activo, en consecuencia, gozoso. Lo que no significa necesariamente que la alegría creadora

lo libere del dolor humano infligido en la vida práctica; pero en el plano donde existe como creador, la alegría creadora suplanta al dolor, como, por otra parte, suplanta también a la alegría pasiva ante el objeto [...]. [Lo que significa que] el artista, desde luego apegado como todo hombre a su vida personal por su afectividad, por su voluntad de *obtener* esto o aquello, encuentra la alegría más allá de su vida personal, por amor al ser, en su poder de “hacer” su obra. (Hersch, 1969: 165)

Y al referirse a la fiesta advierte que ésta “no debe entenderse como un lugar de refugio para aquel a quien la vida ha herido, agotado o decepcionado. Si comete el error de buscar en ella olvido o consuelo, su desesperación no hará más que aumentar” (1985: 66). La fiesta no es un refugio, repite. “Nace de una superabundancia de la alegría, la ternura o la gratitud. Prospera sólo por exceso” (72). Esto no significa que una persona que padece no pueda *vivir* una fiesta, preparándola o tomando parte en ella. Sin minimizar el dolor, ni tampoco magnificarlo, y desde una actitud intensamente laica, Hersch no presenta el dolor de quien sufre como un estigma; tampoco como algo de lo que se deba “obtener beneficio”. Aun desde el dolor, y en el dolor, es posible, a veces, *fabricar* esa obra de arte o participar en ella. Tal vez perfilada en un tiempo propio, con otros tonos y otros ritmos, con otros materiales, pero fiesta al fin:

Lo único que le está prohibido es exigirle que ella sea su socorro. Pero si, pese a todo y desde lo más profundo de su ser, es capaz de decir “sí” a su propia vida [...] también para él puede comenzar la fiesta. [...] Si no supieran nada de la muerte, los hombres, como las bestias, no tendrían fiestas. Y su acción de gracias no tendría sentido para ninguna divinidad. (id.)

A lo largo de su breve ensayo, Jeanne Hersch va desgranando qué concibe como una fiesta y qué no. Hay que evitar confundirla, observa, con los festejos tumultuosos: “Estos psicodramas de masas sirven como terapia social, pero aunque se adornen de música, máscaras, poesía e imaginación, no son obras de arte, no son fiestas” (73). La fiesta es hora de prodigalidad, si bien no cabe entender con ello “la prodigalidad de las compras obligadas y las comidas pesadas”. Sin restar importancia a los alimentos, que pueden ser parte principal de la fiesta, Hersch (71) precisa que, para ser *festiva*:

[La comida de la fiesta] debería resultar transparente, a fin de que el hecho de haberla consumido *juntos* sea más esencial que *lo* que se ha comido. Porque ésta es la experiencia esencial: cada uno vive en

común *una* fiesta [...]. En la animación de las palabras intercambiadas, en los rostros que aparecen y desaparecen, en el juego distraído, casi involuntario, en el que se propaga un placer de todos los sentidos olvidado de sí mismo, su fuente material no es más que un pretexto evanescente. La fiesta es entonces puramente vivida.

Concebida para una sola persona (“hay también la fiesta de uno solo [...] todo ser humano exige a veces que sus semejantes le reconozcan en su unicidad” [75]); para un pequeño grupo o para un número desconocido de participantes, encarnar una fiesta requiere siempre los *contornos* aludidos. Hersch mezcla en ocasiones las personas que dan forma a la obra de arte festiva con las receptoras, en lo que, se diría, parece que se cumpla un proceso circular en el cual todo el que dispone también recibe. Sin embargo, hay muchos momentos en los que parece interpelar sobre todo a las primeras, concebidas como maestras en el arte de dar forma a la fiesta. De todos modos, convocados a la celebración lo estamos todos. Hersch no dejó de insistir en la necesidad y conveniencia de celebrarlas, y nos legó una hermosa exhortación que cabe agradecer:

Celebremos las fiestas. Festejemos a quienes nos aman, y las estaciones y las lunas. Cada cual encontrará entonces la certeza de que aquí abajo hay un lugar para él. Tal vez sea esto lo esencial: que la fiesta engendra un orden solemne en el que cada uno se siente confirmado; en el conjunto, tiene su función y su justo lugar. Esto es, creo, lo que más necesitan los hombres de nuestro tiempo: la certeza de tener su propio lugar en la fiesta exuberante y trágica del mundo y de la historia. (75-76)<sup>11</sup>

Celebremos las fiestas, sigue repitiendo al final del texto, como un *ritornello*: la de cada niño, la de cada suceso que cuenta en nuestra historia.

Que brille, pues, la fiesta, con todo el esplendor de su alegría para aquellos que saben vivirla sin olvidar que un día morirán. (Hersch, 1985: 76)

---

<sup>11</sup> Roberta De Monticelli se refiere a este texto con las siguientes palabras: “Por esta página, cómo se podría dejar de amarla” (2000: 97). Véase también, de esta misma autora, “La fête: hommage à Jeanne Hersch”, en Roberta De Monticelli (ed.), *Jeanne Hersch: la dame aux paradoxes*, Lausana, L'Âge d'Homme, 2003.

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

De Monticelli, Roberta (2000), "L'albero e la festa. Più che una postfazione, un omaggio", *La nascita di Eva*, Jeanne Hersch, trad. Federico Leoni, Novara, Interlinea: 75-87. [Trad. de *Textes*.]

— (2003), "'In contatto con qualcosa che mi trasforma', a colloquio con Paloma Brook e Sara Fortuna", (Módena, 20.9.2003). 31/11/2006. <<http://www.filosofia.it/pagine/pdf/IntDeMonticelli.pdf>>

Dufour-Kowalski, Emmanuel (1999), *Jeanne Hersch. Présence dans le temps*, Lausana, L'Âge d'Homme,

Hersch, Jeanne (1969), *El ser y la forma*, trad. Adolfo Alfredo Negrotto, Buenos Aires, Paidós. [Trad. de *L'être et la forme*, Neuchâtel, La Baconnière, 1946.]

— (1985), *Textes*, Friburgo, Le Feu de Nuict.

— (1986), *Eclairer l'obscur. Entretiens avec Gabrielle et Alfred Dufour*, Lausana, L'Âge d'Homme.

Starobinski, Jean (1985), "Préface", *Textes*, Jeanne Hersch, Friburgo, Le Feu de Nuict: 9-12.

Zambrano, María (1989), *Notas de un método*, Madrid, Mondadori.